

## MARI PEPA ISLA LEAL, UNA MUJER SANLUQUEÑA ADELANTADA A SU TIEMPO.

Ifigenia Bueno Bordell



En vísperas del 8 de marzo, me gusta acordarme de las mujeres que nos precedieron y que se van quedando en el olvido, pero siempre queda ahí en el recuerdo íntimo. Este año de 2022 me he decidido a escribir sobre una mujer muy especial y querida por mí, Mari Pepa Isla Leal, la peluquera de la Plaza del Cabildo, 32.

Mari Pepa nació en el año 1926, hija de una familia humilde con dos hijas y dos hijos. Su abuelo Cosme Isla ya regentaba una peluquería que luego heredaría su padre Rafael Isla. Fue al colegio lo imprescindible, aunque también hay que reconocer que fue una privilegiada comparada con la ausencia de escolarización de la

mayoría de las niñas en aquellos años. Era de actitud inquieta en lo que se refiere a lo cultural, al ansia y al amor por el saber, pero a los once años su padre le cortó las alas, la sacó del colegio y la puso a trabajar subida en un banquito en la peluquería. Pero no entró a colaborar, sino que la hizo responsable de la misma, ella tenía que cortar y peinar y su padre en la puerta cobraba. Así a fuerza de tropezones fue aprendiendo no solo un oficio, sino que también aprendió a relacionarse con distintas clases sociales y a respetar a todas las personas.

Mari Pepa se incorpora al mundo laboral como vemos a los 11 años, concretamente en 1937 en plena Guerra Civil. Sanlúcar en aquellos momentos era una ciudad en que había triunfado el golpe de estado sin apenas resistencia en julio de 1936. Una ciudad con una población aproximada de 28.000 habitantes, donde más de la mitad de la riqueza

estaba en manos de muy pocas personas. Según el historiador Gutiérrez Molina, estaría esta riqueza concentrada en 51 personas, todas ellas ligadas por fuertes lazos familiares. Unas 500 personas eran pequeños propietarios y arrendatarios y 1.600 eran trabajadores y jornaleros que se dedicaban a las tareas del cultivo de la vid y los cereales. Otros sectores de los que vivía la población eran el pesquero y el bodeguero.

Podemos considerar a Mari Pepa Isla como una self-made-woman, término moderno que significa mujer hecha a sí misma, que traspasó los límites de su tiempo. Otra mujer se hubiera dejado someter por la figura de su padre, heredero de las normas del patriarcado machista y la dureza en el trato y sin embargo se sublevó y se propuso formarse y seguir aprendiendo autónomamente por ese amor por el conocimiento, el saber y su afán de superación.



Mari Pepa en la medida que pudo, fue haciendo cursos de perfección de peluquería para modernizarse en su profesión. Con su maletín se trasladaba al Palacio de Orleans en las temporadas que las infantas pasaban en Sanlúcar para peinarlas a ellas y a sus invitadas. Así entró en contacto con la alta aristocracia, que no sólo le valió para relacionarse también con esa clase social, sino porque estas señoras le traían todas las novedades de otras ciudades y países que existían en peluquería. Así ella se fue poniendo al día en cuanto a tintes, modelados, utensilios y peinados que le sirvió para modernizar la única peluquería de señoras que por aquella época existía en Sanlúcar.

Mari Pepa quizás ignoraba que era feminista, pero lo era y de las buenas. Siempre defendió la independencia de las mujeres. Desde que la conocí a principios de los ochenta me fascinaba charlar con ella de esos temas. Era una emprendedora nata, una mujer empoderada, que supo transmitir esos valores de independencia de libertad y amor por la sabiduría a sus hijas,

Carmen Pilar, amiga y compañera y a Josela y seguro que también influyó en sus dos hijos varones, Paco y Rafael.



Es verdad que supo elegir una pareja para su vida y padre de sus hijos. Manuel Agustín Pacheco, que supo compartir una vida en igualdad y libertad. Fue triste que quedara viuda demasiado pronto, él padeció una enfermedad que le impedía acompañarla a los actos culturales que tanto le gustaban, pero la animaba diciendo, ve tú. Y así Mari Pepa era la primera en las presentaciones de libros, en los conciertos y en todo lo que olier a cultura. Le gustaba leer

los mejores libros, pero el periódico diario también, por eso era tan entretenido reunirse con ella, porque igual podías hablar de política, de relaciones sociales, de economía o de cultura. Ese amor por el conocimiento y por el saber, es lo que la hizo ser una transgresora de los moldes y estereotipos de la época que le tocó vivir, una época y una ciudad en la que las mujeres se recluían en casa, sometidas a la voluntad de un padre o de un marido y donde la cultura no ocupaba ningún lugar para ellas. Rompió con muchos miedos, miedos de haber presenciado una toma de la ciudad por las tropas de regulares de Franco con armas por las calles intimidando a la población, la represión y asesinatos de muchos conciudadanos, miedo al hambre que sobrevino a la guerra, pero fue capaz de traspasar esos miedos y moverse con soltura. Tan pronto estaba disfrutando de una película en los cines de Jerez, como en Sevilla comprándose unos zapatos, sin dar cuenta a nadie de donde iba y qué hacía. Se armó de valor porque tenía miedo a viajar en avión, pero se lanzó a cruzar el Atlántico y llegar hasta Chile para pasar una temporada con su hija Josela que vivía y vive en Santiago de Chile. Tres veces, tres, hizo ese viaje, igual que Cristóbal Colón y logró superar el miedo a volar.



Yo siempre envidié su forma de desenvolverse, siempre quise parecerme a ella cuando fuera mayor porque además era una mujer que amaba la vida en todas sus expresiones, le encantaba estar viva. Le maravillaba la naturaleza, disfrutaba de cada pequeña cosa, en la temporada de baños, cogía un coche de caballos y se daba un baño de un cuarto de hora y para casa, para comer y volver a abrir la peluquería por la tarde. Hablaba de la muerte no con miedo a ella, sino con miedo a perder el disfrute de la vida. Disfrutaba de la vida, mira qué bonita puesta de sol, qué a gusto estoy al fresquito, qué día con tanta luz, siempre le veía el lado positivo de la vida. Disfrutaba de la amistad, de las personas, las respetaba en sí mismas, sus libertades y todo era fruto de su admiración y goce por la vida. Como dice su hija Josela, Mari Pepa era una mujer disfrutona, disfrutona por estar viva.

Como digo anteriormente, se quedó viuda muy pronto y con su trabajo esclavo de peluquería sacó adelante a sus hijos a los que les dio los estudios que ellos eligieron. Como casi todas las mujeres, tenía que conciliar el trabajo de peluquería de mañana y tarde con el de cuidados de su familia, pero privando muchas veces de estar el tiempo deseado con los suyos.

Me cuenta Josela una anécdota de su madre, que deja ver lo íntegra y coherente que era con su manera de sentir y pensar. Las gitanas del mercadillo de los miércoles acostumbraban a ir a la peluquería los martes. Coincidieron allí con una persona de la alta burguesía de la ciudad que le recriminó el por qué tenía que atender a gitanas en la peluquería. Mari Pepa muy digna y educada le contestó: mire usted si no



se siente cómoda no venga porque yo voy a seguir peinando a estas mujeres siempre que lo deseen. Era difícil hacer eso en una ciudad como Sanlúcar tan clasista y cerrada. Pero así era Mari Pepa, daba espacio para todo el mundo, para todas las clases sociales y con todas aprendía.

Cuando llegaron los primeros inmigrantes africanos a Sanlúcar, le pidieron poder refugiarse en la casapuerta para dormir por la noche. Ella los acogió varios días en una habitación de la parte baja de la casa. Decía que podían ser sus hijos quienes pedían ayuda y los veía tan jóvenes y desamparados que no dudó en brindarles su apoyo y ofrecerles alimento. Recuerdo con qué cariño la saludaban cuando pasaban por su puerta, con aquellos ojos de agradecimiento que solo saben hacerlo las personas que han pasado por esas circunstancias.

Otro detalle de Mari Pepa que recuerdo con mucho cariño, era su coquetería, vestía muy bien, siempre con su collar, sus bonitos pañuelos al cuello, sus uñas impecables y sus zapatos cómodos pero coquetos. Cuando ya le iban fallando las piernas, tuvo que agarrarse a un bastón. Un día en el campo en una excursión en el que íbamos varias personas, de repente apareció un bastón volando por encima de las cabezas. Era el de Mari Pepa que no quería aparecer con ese instrumento en la mano, así de presumida era ella.

Los últimos años de su vida no fueron los mejores, sufrió la tremenda enfermedad de Alzheimer que le hizo olvidar quien era y paradójicamente, ella que luchó por la independencia, terminó siendo totalmente dependiente de los demás. Murió en el 2013.

Los grandes cambios sociales, también se logran desde lo individual y ella rompió muchas barreras con su valentía, coherencia y valores, que al día de hoy aún asustan a muchas personas que no entienden el anhelo por generar cambios para un mundo más justo, igualitario y mejor.

Hoy desde estas páginas quiero poner mi granito de arena para rescatar del anonimato y que su nombre no se borre de nuestra memoria colectiva esta



mujer sanluqueña, que fue adelantada a su tiempo, una emprendedora, una empoderada y una feminista que rompió barreras, **MARI PEPA ISLA LEAL.**

Mi homenaje a todas las mujeres que como Mari Pepa nos precedieron, porque hay que recordar nuestra genealogía feminista: “porque fueron somos. Porque somos serán”

(Agradezco a sus hijas Carmen Pilar y Josela Pacheco Isla algunas aportaciones que me han hecho para este pequeño homenaje)